

Danilo Kiš

*La Enciclopedia
de los muertos*

Traducción de Nevenca Vasiljevič

Este libro reúne nueve relatos. Todos ellos están relacionados con un tema común cuyo fantasma recorre, desde los tiempos de la epopeya de Gilgamesh, las mejores páginas de la historia de la literatura: la muerte. La visión que de ella nos da Danilo Kiš se encuentra a caballo entre el pensamiento occidental y el oriental. Tal vez en parte a causa de esta curiosa mezcla, *La enciclopedia de los muertos* sea una de esas escasas obras verdaderamente renovadoras que han prestado atención, en nuestra época, a un orden de reflexiones, digamos, metafísico dándole a esta palabra su más amplio y fascinante sentido.

Es sorprendente la utilización que hace Danilo Kiš de fuentes que en nuestra cultura suelen ocupar un lugar secundario, poco conocido o prácticamente en sombras. Buen ejemplo de ello sería la leyenda agnóstica que ha inspirado el relato *Simón el Mago*, o bien la historia de *Los durmientes de Éfeso*, que fue recogida a principios del siglo VI como prueba de la resurrección de los muertos y cuyo origen se halla en el Corán. Cambiando completamente de registro, *Es glorioso morir por la patria* que recoge fuentes de la burguesía austríaca y la organización de la Mano Negra continúa mostrando el gusto del autor por la variación sobre textos literarios o históricos. No resulta raro, pues, que sus preferencias le lleven a reclamar para el relato lo que Nathaniel Hawthorne pedía para la novela: una completa libertad de forma y estructura.

*Ma rage d'aimer donne sur la mort
comme une fenêtre sur la cour.*

GEORGES BATAILLE

Simón el Mago

1

Diecisiete años después de la muerte y milagrosa resurrección de Jesús de Nazaret, por los caminos polvorientos que atraviesan Samaria y que, escondiéndose bajo arenas caprichosas, van a perderse en el desierto, aparece aquel al que sus discípulos llamaban el Mago, Simón el Mago, y al que sus enemigos apodaban con desprecio el «borborita»^[1]. Algunos aseguraban que vino de una aldea perdida de Samaria, llamada Guita, otros que era de Siria o de Anatolia. Hay que reconocer que él mismo contribuía a esta confusión, porque a aquella inocente pregunta sobre su origen contestaba con un amplio movimiento del brazo en el que cabían tanto el primer pueblo vecino como medio horizonte.

Era fuerte, de estatura media, sus cabellos negros y rizados empezaban a hacerse escasos, descubriendo la coronilla, mientras que la barba, también rizada y descuidada, se iba encaneciendo. Tenía la nariz huesuda y corva, perfil de oveja. Un ojo más grande que otro daba a su cara una expresión un poco sarcástica. En la oreja izquierda llevaba un pendiente de oro: una serpiente mordeándose la cola. Ceñía su cintura con varias vueltas de una cuerda de lino que a la vez le servía para sus números de circo: esta cuerda se enderezaba de repente y él, ante los ojos maravillados de los espectadores, la escalaba como un mástil. O bien la ataba al cuello de algún novillo al que degollaba de un solo golpe de espada, pronunciando una fórmula mágica. La cabeza y el cuerpo yacían separados por un momento sobre

la arena del desierto; el Mago pronunciaba entonces al revés aquella misma fórmula mágica, y la cabeza se juntaba con el cuerpo, mientras la cuerda de lino se quedaba en el suelo. Simón desataba el nudo y volvía a atarse la cuerda, salvo si alguno de los espectadores deseaba verificar la composición de la fibra. Simón le tendía entonces un cabo de la cuerda tiesa, como si le tendiera un palo; en cuanto el desconfiado la agarraba, la cuerda volvía a estar lasa y caía al suelo levantando una polvareda.

Dominaba el griego tanto como el copto, el arameo, el hebreo y los diversos dialectos locales, a pesar de pretender sus enemigos que hablaba cada uno de estos idiomas con acento extranjero. Simón no hacía mucho caso a estas malas lenguas; hasta se tenía la impresión de que él mismo las alentaba. Cuentan que era vivo de imaginación, además de un excelente orador, sobre todo cuando se dirigía a sus discípulos y adeptos o ante las masas que atraía. «Entonces, los ojos le brillaban como estrellas», decía uno de sus discípulos. «Su voz era la de un loco, y su mirada lúbrica», comentaba uno de sus adversarios.

En los caminos enmarañados que llevan de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente, Simón el Mago encuentra una multitud de predicadores y sus caminos a menudo se entrecruzan. Los discípulos de Juan y Pablo, y Juan y Pablo mismos, divulgan por el mundo la palabra de Jesús de Nazaret, cuya memoria todavía vive en Palestina, Judea y Samaria. Simón descubre con frecuencia las huellas de sus sandalias a la entrada de los pueblos. El pueblo está silencioso para esta hora del día, se oyen los ladridos de un perro y los balidos sonoros de las ovejas. Y entonces, como otro balido más, se percibe una voz masculina, clara y sonora, aún no del todo inteligible; son los apóstoles que, encaramados sobre barriles desvencijados, profesan la perfección del mundo y la Creación divina. Tras esperar a que se alejen, escondido a la sombra de alguna cabaña, Simón se

adentra en el pueblo detrás de ellos, antes de que la muchedumbre se haya disuelto del todo.

Entonces él también empieza a predicar, rodeado de su propio séquito. Harta de las palabras de los apóstoles, la gente del pueblo se agrupa desganadamente. «Acabamos de despedir a Pablo y a Juan», le dicen, «ya tenemos palabras para todo el año».

«Yo no soy un apóstol», dice Simón, «yo soy uno de los vuestros. Ellos os ponen la mano en la cabeza para que os inspire el Espíritu Santo; yo os tiendo la mano para sacaros del polvo». Entonces alza los brazos, y por sus anchas mangas que caen en amplios pliegues, aparecen sus bellas manos blancas y sus dedos, finos como solo los poseen los perezosos y los ilusionistas.

«Ellos os ofrecen —sigue Simón— la salvación eterna. Yo os ofrezco conocimiento y desierto. Que quienes lo deseen se unan a mí».

El pueblo se había acostumbrado a los más diversos vagabundos que venían de todas partes, sobre todo desde Oriente, ya solos, ya de dos en dos, ya seguidos de una multitud de fieles. Algunos dejaban sus mulas y sus camellos a la entrada del pueblo, al pie de una montaña o en el valle vecino, otros llegaban con una escolta armada (y sus sermones parecían más bien amenazas o una comedia); otros cabalgaban sobre mulas y sin apenas desmontar empezaban sus números de acrobacia. Pero en los últimos quince años, desde la muerte de un Nazareno, empezaron a llegar hombres jóvenes y sanos, con la barba bien cuidada o todavía imberbes, cubiertos con capas blancas y con un bastón de pastor en la mano, llamándose todos apóstoles e hijos de Dios, Sus sandalias estaban sucias del polvo del largo viaje y todos sus discursos se parecían, como si hubiesen estudiado del mismo libro; hacían todos referencia al mismo milagro del que habían sido testigos: un Nazareno había convenido ante sus ojos el agua en vino y alimentado a todo un pueblo con unas pocas sardinas. Algu-

nos aseguraban haberle visto alzarse al cielo ante sus propios ojos, en una luz deslumbrante, y alcanzarlo igual que una paloma. Los ciegos que llevaban de testigos vivientes afirmaban que fue esta luz la que les quemó la vista, pero que les dio la luz espiritual.

Y todos ellos se llamaban hijos de Dios e hijos del hijo de Dios. Prometían la vida eterna y la beatitud, a cambio de un mendrugo de pan y de un jarro de vino, y cuando la gente les cerraba su puerta, echándoles perros peligrosos encima, la amenazaban con el infierno eterno, donde el cuerpo se quema a fuego lento, como el cordero en el asador.

Entre estos predicadores había también buenos oradores que sabían dar al pueblo desconfiado y a las autoridades aún más desconfiadas respuestas a muchas preguntas enrevesadas, no solo acerca del alma, sino también del cuerpo, de los cultivos y del ganado. A los jóvenes les curaban los granos, a las vírgenes les daban consejos de higiene para preservar su virginidad y para que la soportaran mejor; a los ancianos les daban la receta de cómo prepararse para la llegada de la muerte, qué palabras pronunciar en el último instante, cómo colocar las manos para caber mejor por el estrecho pasaje que lleva a la luz; a las madres les aconsejaban cómo salvar a su progenie ahorrando en curanderos y remedios caros, o cómo preservar a sus hijos de las expediciones de guerra; enseñaban a las mujeres estériles oraciones claras y simples, que debían recitar tres veces al día en ayunas, para que el Espíritu Santo —así llamaban a aquello— fecundara sus entrañas.

Y todo lo hacían gratuitamente, sin cobrar un céntimo, si no se considera como pago el mendrugo de pan que aceptaban con gratitud o el cubilete de agua fría que bebían a pequeños tragos, murmurando unas palabras incomprensibles. De este modo se sucedían estos predicadores, llegados de distintos lugares del mundo, con distintas costumbres e idiomas, con barba o sin ella; pero todos decían

más o menos lo mismo: lo que uno anunciaba, otro lo confirmaba, solo se multiplicaban los detalles, y, a pesar de variar lo mínimo, la historia de los milagros y la resurrección de este Nazareno empezaba a ganar en autenticidad. Los pueblos de Judea, de Samaria y de Anatolia ya estaban acostumbrados a estos pacíficos jóvenes de sandalias polvorientas, que llevaban los brazos cruzados sobre el pecho, tenían una voz virginal y cantaban con los ojos alzados hacia el cielo. Les daban agua fría y un mendrugo de pan, y ellos les agradecían y les prometían la vida eterna a cambio, describiéndoles el paisaje maravilloso ante el que se encontrarían después de la muerte: allá, ni desierto ni arena, ni serpientes ni arañas, sino solamente palmeras de anchas hojas, manantiales de agua helada a cada paso, hierba hasta las rodillas, e incluso más alta, el sol brillando suavemente, noches como días, y días eternos; allá, las vacas pastan, las cabras y ovejas pacen en las dehesas, las flores huelen bien en cualquier estación del año; allá la primavera es eterna, no hay cuervos ni hay águilas, sino tan solo ruiseñores que cantan todo el día. Y así sucesivamente.

Este cuadro de los jardines del Edén, que al principio a todos parecía ridículo e imposible —¿se ha visto alguna vez que el sol brille eternamente, que no haya dolor ni muerte?—, lo describían estos jóvenes de tiernos ojos azules con tal convicción y tan inspirados que el pueblo empezó a creerles. Cuando una mentira es repetida durante largo tiempo, la gente empieza a creerla. Porque la gente necesita la fe. Muchos jóvenes se calzaron sandalias de largas correas y los siguieron. Algunos de ellos volvían a su pueblo al cabo de un año o dos, otros de diez. Estaban agotados por el largo viaje, sus barbas estaban salpicadas de blanco. Ahora, también ellos hablaban en voz baja, los brazos cruzados sobre el vientre. Contaban de Sus milagros, de Su doctrina, predicaban extrañas leyes, despreciaban los placeres de la carne, se vestían con modestia, comían con moderación, bebían vino alzando la copa con las dos manos. Solamente

estallaban con inesperada violencia si alguien les contradecía, si alguno expresaba cualquier duda respecto a Su doctrina y a Sus milagros, si alguno, ¡pobre de él!, ponía en duda la vida eterna y los jardines del Edén. Entonces le pintaban con palabras vivas y ardientes, palabras encendidas y amenazadoras, los castigos de la expiación eterna. «Que los dioses os guarden —escribió un pagano— de su mala lengua y de sus blasfemias».

Sabían usar con los escépticos la adulación y las promesas, la corrupción y las amenazas, y cuando más se extendía su poder y crecía el número de fieles, más violentos y arrogantes se volvían. Chantajeaban a las familias, sembraban la confusión en los espíritus, tejían intrigas contra todos aquellos que expresaban la más mínima duda sobre su doctrina. Tenían sus propios provocadores, agitadores y tribunales secretos, ante los cuales fulminaban anatemas y dictaban condenas, quemaban los escritos de sus adversarios y lanzaban blasfemias sobre los recalcitrantes. La gente se unía a ellos en número cada vez mayor, porque recompensaban a los fieles y castigaban a los rebeldes.

Es pues en esta época cuando aparece Simón, llamado el Mago.

Él proclama que el Dios de los apóstoles es un tirano, y que un tirano no puede ser Dios para el hombre sensato. Este Dios, este Jehová, este Elohim, se ha ensañado contra la humanidad, la ahoga, la acuchilla, le manda enfermedades y fieras, serpientes y tarántulas, leones y tigres, rayos y truenos, peste, lepra, sífilis, tormentas y tempestades, sequías e inundaciones, pesadillas e insomnios, penas de juventud o impotencia en la vejez. Puso a nuestros bienaventurados antepasados en los jardines del paraíso, pero los privó de la fruta más dulce, la única que el hombre merece, la única que hace al hombre distinto del perro, del camello, del burro y del mono —el conocimiento del bien y del mal.

«Y cuando este desgraciado antepasado nuestro, picado por la curiosidad, quiso alcanzar esta fruta, ¿qué es lo

que hizo aquel Elohim suyo, vuestro, Justo, Grande, Todopoderoso? ¿Qué?» —vocifera Simón balanceándose sobre un barril desvencijado—. «Vosotros lo sabéis muy bien, lo sabéis. (Os lo predicán todos los días vuestros apóstoles, Sus sirvientes y esclavos). Él los ha echado como apestados y leprosos, los ha echado sin piedad, con la espada de fuego. Y, ¿por qué? Porque es un Dios de maldad, de envidias y celos. En vez de libertad, predica la esclavitud, en lugar de la rebeldía, la obediencia; la abstinencia en vez de la voluntad, en vez del conocimiento el dogma... ¡Oh, pueblo de Samaria!, ¿acaso no ha destruido este rencoroso Dios vuestro vuestras casas? ¿Acaso no se ha llevado de vuestro pueblo decenas de leprosos? ¿Acaso no ha devastado vuestros hogares, hace apenas un año, con una peste terrible? ¿Cómo es, pues, este Dios, este Justo, como dicen vuestros apóstoles, que aún es capaz de vengarse de vosotros por el supuesto pecado cometido por vuestros antepasados? ¿Qué Justo es este, que envía la peste, rayos y truenos, enfermedades, miseria y desgracias, solo porque nuestros antepasados, empujados por la curiosidad, este fuego vivo que da a luz el conocimiento, se atrevieron a coger la manzana? Esto, pueblo de Samaria, no es un Dios, es un rencoroso, un malvado y un bandido, que con sus legiones de ángeles, armados hasta los dientes, armados con espadas de fuego y flechas envenenadas, se ha detenido en medio de vuestros caminos. Cuando vuestros higos maduran, manda sobre ellos enfermedades, cuando maduran vuestras aceitunas, envía tempestades que las echen al suelo, granizo que las entierre y las convierta en barro. Cuando paren vuestras ovejas, envía sobre ellas la peste, o lobos o tigres para devastar vuestros establos; cuando os nace un niño, le envía espasmos para quitarle la vida. ¿Cómo es este Dios, cuál este falso Justo que hace todo esto? No, esto no es Dios, este no es el que está en los cielos, este no es Elohim. Es otro. Pues Elohim, creador del ciclo y de la tierra, del hombre y la mujer, de la serpiente y el pájaro, crea-

dor de todo lo vivo, el que ha alzado las montañas sobre el mar, el que ha hecho los mares, los ríos y océanos, la hierba verde y la sombra de la palmera, el sol y las lluvias, el aire y el fuego, este es Elohim, Dios de la Justicia. Y este, cuyo dogma predicaban ante vosotros Pedro y Juan y Pablo y sus discípulos, es el bandido y asesino. Y todo lo que os dicen de él y de su reino Juan y Pablo, Jacobo y Pedro, todo eso es mentira, ¡escúchame esto bien, pueblo de Samaria! Mentira es su tierra prometida, mentira su Dios, mentira son Sus milagros. Ellos mienten, pues también es mentira su Dios, en cuyo nombre juran; por eso ellos mienten en cada momento, y atrapados en un enorme engranaje de mentiras, ya ni ellos mismos saben que mienten, no miente nadie. Donde todo es mentira, nada es mentira. El reino de los cielos, el reino de la justicia es mentira. Cada uno de los atributos de su Dios es una mentira. Justo: mentira. Equitativo: mentira. Único: mentira. Inmortal: mentira. Sus libros también son mentiras, porque prometen mentiras, prometen el paraíso, y el paraíso es mentira porque está en sus manos, porque ellos están en la puerta del paraíso, con sus ángeles armados de espadas de fuego, y sus jueces con falsas balanzas».

El pueblo le escuchaba con indiferencia y desconfianza, tal y como el pueblo escucha a los demagogos: buscando un sentido escondido detrás de las oscuras palabras. Porque el pueblo se había acostumbrado al hecho de que los poderosos, los gobernadores y fariseos escondieran imposuras, amenazas y exacciones bajo adulaciones y promesas. Esperaban, pues, que este también se descubriera, que dijera al fin por qué había venido, la razón de estas vanas palabras, de todo este confuso discurso, desprovisto de claridad y sentido. Por eso le seguían escuchando. Acabaría, al menos lo esperaban, por ilustrar sus turbias palabras con algún número de acrobacia o de magia.

«El reino de los cielos descansa sobre la base de la mentira —continúa Simón mirando al despiadado Sol— y su techo tiene dos vertientes, la ilusión y la mentira. Y sus escritos están hechos de falsas palabras y de falsas leyes, cada ley es una mentira: diez leyes, diez mentiras... ¡Que su Elohim sea un tirano vengativo y tan mezquino como un viejo amargado no les basta, sino que encima tenéis que venerarle, que caer postrados ante Él, no podéis pensar en otra cosa que no sea Él! ¡Que a este tirano le llaméis el Único, el Todopoderoso y el Justo! Y ¡que os sometáis a Él solo! ¡Oh, pueblo de Samaria! ¿Quiénes son estos charlatanes que vienen a visitarte, que te llenan los oídos de mentiras y falsas promesas? Ellos se han otorgado todos Sus favores, y exigen de vosotros que os sometáis sin rechistar, que aportéis todas las desgracias de la vida, heridas, enfermedades, terremotos, inundaciones, peste, y que, además, no blasfeméis. ¿Por qué sino os prohibirían mentarle? ¡Mentira es, te digo, pueblo de Samaria, todo lo que predicán ante vosotros Pedro y Pablo, todo eso no es más que ilusión y mentira de sus discípulos, no es más que una terrible falacia! Por eso: ¡no matarás!, pues ¡matar es su tarea, la del Único, Todopoderoso y Justo! ¡Lo suyo es acuchillar y matar niños de cuna, madres dando a luz y viejos sin dientes! Ese es su trabajo y por eso: ¡no matarás! ¡De eso se ocupan Él y Sus sirvientes! ¡Son los únicos que se dedican a ello! ¡Ellos están destinados a ser los lobos, y vosotros a ser ovejas! Por eso, pueblo de Samaria, ¡sometete a sus leyes! De ahí: ¡no cometerás adulterio, para que puedan llevarse ellos la flor de tus hijas! Y por eso, ¡no codiciarás los bienes de tu prójimo, pues no tienes nada que envidiarle! Ellos lo exigen todo de ti, el alma y el cuerpo, el espíritu y el pensamiento y, a cambio, te hacen promesas; por tu sumisión, tu rezo y tu silencio de hoy, te dan un arcoíris de mentiras y promesas y te prometen un futuro, un futuro que no existe».

Simón no se ha percatado, o ha hecho como si no se percatara, de que la gente ya se ha marchado y que solo le escuchan los que se proclaman discípulos suyos, mientras que Sofía, su fiel compañera, le enjuga la frente y le tiende una jarra de agua ya tibia, aunque haya estado profundamente enterrada en la arena.

Sofía era una mujer de unos treinta años, menuda, de cabellera exuberante y ojos negros como arándanos. Sobre una túnica clara y transparente llevaba pañuelos multicolores de seda, sin duda comprados en la India. Los discípulos de Simón hablaban de ella como de la personificación de la sensatez y de la belleza femenina en su madurez, mientras que los peregrinos cristianos hacían correr respecto a ella todo tipo de rumores: que era una coqueta, una libertina, una provocadora, una zalamera y una golfa que había encontrado la merced de su compañero precisamente en un burdel de Siria: Simón no lo negaba. Su anterior sino de esclava y prostituta le servía de ejemplo evidente; de ejemplo y de moral para ilustrar la tiranía de Jehová y la crueldad de este mundo. Este Ángel Caído, esta Oveja Descarriada, afirmaba, no era sino la víctima de la crueldad de Dios, un Alma Pura, prisionera de la carne. Su espíritu se mudaba desde hacía siglos, como de jarra a jarra, de un cuerpo a otro, de una apariencia a otra. Era la hija de Loth y era Raquel y era la Bella Elena. (Los griegos y los bárbaros habían admirado entonces a una apariencia y vertido la sangre por un fantasma). Su última encarnación era esta prostituta de un lupanar de Siria.

«Y entre tanto» —sigue Simón escupiéndole otro trago de agua tibia porque acaba de ver un grupo de peregrinos vestidos de capas blancas, surgidos de entre las sombras

de las casas, y en quienes ha reconocido a Pedro y sus discípulos, armados con cayados.

«Y entre tanto, bajo el oscuro manto del cielo, entre las oscuras murallas de la tierra, en la cárcel de la existencia, despreciad la riqueza, como ellos os enseñan, rechazad los placeres de la carne, despreciad a la mujer, esta copa de néctar, esta urna de felicidad, en nombre de sus falsos paraísos, y por miedo de su falso infierno, como si el infierno no fuera más bien toda esta vida...».

—Algunos optan por el reino de la tierra y otros por el reino de los cielos —ha dicho Pedro, apoyado con sus dos manos en su cayado.

—Solo el que ha tenido la riqueza puede despreciar la riqueza —dice Simón, clavándole su ojo más grande—. Y admirar la pobreza, el que ha sido pobre; rechazar los placeres de la carne, solo quien los ha probado.

—El hijo de Dios ha conocido el sufrimiento —ha dicho Pedro.

—Sus milagros son la prueba de su justicia —lanza uno de los discípulos de Pedro.

—Los milagros no son ninguna prueba de justicia —ha contestado Simón—. Los milagros le sirven solo al pueblo crédulo de prueba última. Esta moda ha sido introducida por vuestro infeliz Judío que acabó en la cruz.

—Solo puede hablar de esta forma el que posee un poder como el suyo —ha replicado Pedro.

Simón salta entonces de repente de su barril desvencijado y se encuentra frente a frente con su provocador.

—Ahora mismo voy a subir al cielo —dice Simón.

—Eso habría que verlo —ha contestado Pedro, y su voz ha temblado.

—Sé hasta dónde llega mi poder —dice Simón— y sé que no puedo alcanzar el séptimo cielo. Pero visitaré los otros seis. El séptimo solo puede alcanzarlo el pensamiento. Pues ahí todo es luz y felicidad. Y la felicidad no le ha sido dada al hombre mortal.

—Basta de habladurías —ha dicho uno de los discípulos de Pedro—. Si alcanzas aquella nube sabremos respetarte como respetamos al Nazareno.

Enterándose de que cerca del pueblo, al pie del gran olivo, ocurren cosas raras, y que, por lo visto, aquel charlatán por fin presentará alguno de sus números de faquir, el pueblo se reúne.

—Vuelve lo antes posible —dice irónicamente un espectador—. Pero déjanos en testimonio alguna prenda.

Simón desata la cuerda de su cintura y la deposita a sus pies.

—Esto es todo lo que tengo.

Y Sofía dice:

—Coge este pañuelo. Allí arriba hace tanto frío como en el fondo de un pozo. —Y le ata el pañuelo al cuello.

—Estos preparativos duran demasiado —dice Pedro.

—Espera a que se ponga el sol para escaparse con el manto de la noche —añade uno de los discípulos de Pedro.

—Hasta luego —dice Simón, y besa a Sofía en la frente.

—Adiós —dice uno de los discípulos de Pedro—. Y, ¡ten cuidado, no te resfríes!

Simón salta de repente, como un gallo, con los pies juntos, agitando torpemente los brazos, y el polvo se levanta bajo sus sandalias.

—¡Quiquiriquí! —grita un gracioso. Es un joven imberbe, de mirada maliciosa, cuyos ojos se transforman en dos hilos oblicuos al reír.

Simón mira en su dirección y dice:

—¡No es tan fácil, hijo! Todo cuerpo, incluso una pluma, es atraído por la tierra. Figúrate entonces una ruina humana de unas cuarenta libras.

A Pedro le ha costado retener la risa ante este discurso; la ha ocultado entre sus barbas.

—Si supieras volar como sabes filosofar —dice el gracioso— ya habrías alcanzado las nubes.